

Lahuán

Manecitas de niño

Recuerdo el caminar lento, por el largo pasillo de nuestra casa. Mi manecita fuertemente aferrada a la mano de mi padre. Llegados ya a la puerta, mi padre se inclinó hacia mí para despedirse. Su rostro estaba triste, y en sus ojos habían lágrimas a punto de ser derramadas. Me dio un tierno beso en la frente, soltó suavemente mi manecita, e inicio su caminar lento, como resignado, y sin volver la vista atrás. Lo vi alejarse, hasta perderse en la distancia. Nunca más volvió a casa. Nunca más supe de él. Yo estaba próximo a cumplir cinco años. Era muy pequeño, pero esa despedida quedó grabada a fuego en mi corazón.

Hoy, ya soy un hombre adulto. He transitado por la vida tratando de esquivar las penas, e intentando aferrarme a las alegrías. Con mi esposa y mi pequeño hijo, hemos construido un hermoso nido de amor. Creo haber logrado palpar la felicidad.

En este momento, camino junto a mi hijo, también de casi cinco años, aferrado a su manecita, la que siento cálida, suave, tierna, inocente, y llena de dulzura. Cada cierto tiempo, palpo que él da unos pequeños apretones a mi mano, como queriendo decir, *“padre, estoy aquí, junto a tí”, “no sueltes mi manecita porque sentiría como que te estuvieses alejando de mi vida, de mi existencia”*. Yo sólo atino a responder también con leves apretones, como simbolizando a través de la fuerza y el calor de mi mano, que siempre estaré junto a él. Lo miro, y le esbozo una suave sonrisa. En mi fuero interno, prometo ser para mi hijo, como un roble robusto, pleno de fortaleza, en el que él pueda abrazarse y cobijarse en los momentos de debilidad, de angustia, de dolor, de soledad. Quiero ser para él, ese pilar de apoyo que siempre anhelé tener, y que la vida, por alguna razón, me negó.